para alcanzar tan suspirada conversión. ¡La infeliz dió muestras, hasta los últimos momentos, de querer morir abrazada á los funestos errores que la habían extraviado!

Una muerte tan sospechosa, por las señales de obstinación que la acompañaron, ofrecía fundado motivo para temer el más terrible desenlace, cual es la condenación eterna. ¡Oh, cómo debió sentirse torturado por este temor el corazón de una hija como nuestra Beata; por una parte, tan amante de su madre y por otra, tan conocedora de lo que es la desgracia de perder á Dios y perderlo para siempre! Con todo, ni por un solo instante, ni en lo mas mínimo, se desconcertó su heroica resignación y conformidad á la voluntad divina; antes bien, elevando su corazón é inspirándose en sentimientos y actos de fe, adoró, humilde la profundidad de los juicios de Dios y la justicia de sus decretos.

La serenidad de semblante de la Madre de Lestonnac indicaba la tranquilidad de su alma grande, que no se anubló jamás, ni con los dolores agudos de la enfermedad, ni con los muchos achaques de la vejez, ni tampoco en las contradicciones, injurias y burlas de los malos y de los que se oponían á sus santas empresas. Insensible á

todo lo que no era Dios, podía verdaderamente exclamar con el Apóstol: *Vivo yo, mas no soy yo la que vivo; es Cristo quien vive en mí.*

XXIX

Desprendida la Beata Juana de Lestonnac de todo lo terreno, tomó su alma el vuelo hacia las más sublimes regiones de la altísima oración, porque el Señor gusta de comunicarse íntimamente con las almas generosas, que habiendo crucificado su carne con sus codicias, viven solamente la vida del espíritu.

Desde la infancia se entregó al ejercicio de la meditación, siendo esta afición más regalo del cielo, que propia inclinación, en tan tiernos años. Las obligaciones del estado conyugal no desvanecieron las interiores comunicaciones con su Dios; antes bien estas comunicaciones, con la afluencia del agua viva de la gracia que le proporcionaban, le infundían la fuerza necesaria para cumplir perfectamente los deberes de esposa y de madre. Rotos los lazos que la detenían en el mundo, no tuvo otra aspiración que la de unirse más estrechamente

con Dios, y adelantó de tal manera en las vías de la contemplación, que penetró hasta los secretos de la ciencia mística, como alma que ya era toda de Dios. Más adelante, en la vida religiosa, no perdía un momento del tiempo que la Regla señala para este santo ejercicio, y destinaba las horas de la noche para reparar los ratos que las ocupaciones urgentes del día le hubiesen hurtado del trato y comunicación con su Dios: y temerosa de que no se entibiase nunca el fuego que el Espíritu Santo había encendido en su fervorosa alma, pedía incesantemente al Señor que le concediese el don de la oración, el amor constante á este santo ejercicio, y la gracia de practicarlo con mucha facilidad y perfección.

Era imposible que el Señor dejase de atender una súplica tan del agrado de su divino Corazón: así que la favoreció con gracias muy singulares y luces sobrenaturales, que le descubrieron algo la profundidad de los misterios divinos y el conocimiento de sucesos futuros. Pero como, algún tiempo antes de su muerte, quemó los papeles que revelaban los secretos de sus divinas comunicaciones, y los directores de su alma desaparecieron todos antes que ella; fué el caso que el fuego consumió las Memorias

de los favores que recibió del Cielo, y el sepulcro arrebató tras sí aquellos secretos sobrenaturales de su alma, tan regalada por el Señor. Por lo cual solamente podemos juzgar de lo que pasó en el interior de la Beata Madre; por señales y demostraciones exteriores que reflejaban lo que se ocultaba allá dentro. Permanecía horas enteras de rodillas con los brazos extendidos, para asemejarse más á Cristo crucificado, sin sentirse fatigada en una postura tan violenta. El gozo interior, que inundaba su alma, hacía á su cuerpo casi insensible al dolor y á las impresiones exteriores; de modo que se podía pasar una y otra vez cerca de ella, hablar alto y hacer ruido, sin que viese ni oyese cosa alguna, como si hubiese perdido el uso de los sentidos.

No era precisamente, para esta alma santa, la soledad y quietud del claustro condición indispensable para vacar al ejercicio de la oración: el trato con Dios le era tan habitual, que en cualquier tiempo y lugar le era sumamente fácil recogerse interiormente, y ocuparse toda en su Amado.

A la primera señal para la oración, cualesquiera que fuesen las ocupaciones á que de momento se dedicase, se desembarazaba desde luego de todo cuidado, y sus potencias

quedaban suavemente unidas á Dios. En los viajes, cuando se ocupaba en las fundaciones, no pudiendo tan fácilmente vacar á la oración, aguardaba la noche, y mientras sus compañeras dormían, ella quitaba del sueño el tiempo necesario para satisfacer su fervor. Advertidas las Religiosas de su piadoso artificio, más de una vez hicieron del dormido, y observándola muy de propósito, la vieron de rodillas con un Crucifijo en la mano, el cuerpo inmoble, los ojos mirando al cielo y el rostro cubierto de lágrimas.

XXX

El amor de Dios, la reina de las virtudes, que San Pablo llama «lazo de perfección,» brillaba con todo su esplendor en la persona de la Beata Juana de Lestonnac. El primer grado del amor de Dios consiste en la observancia exacta de los mandamientos. «Si me amais, dice el Señor, observad mis mandamientos.» Así vemos á la Sierva de Dios que se guardó de cometer todo pecado, aun en medio de mil ocasiones y tentaciones á que estuvo expuesta en los diversos estados y circunstancias de su vida. Estaba resuelta antes morir que consentir

en la más leve falta, y su alma, despegada de toda afición terrena, sólo aspiraba á unirse más y más fuertemente con Dios, de modo que, con el Apóstol, podía desafiar á cuanto hay en el mundo, diciendo: *¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo?*

Este amor, fuerte como la muerte, que abrasaba el corazón de la santa Fundadora, fué tan vivo y eficaz; que, no pudiendo contener en sí los ardores que la consumían, dejaba que se desbordase en frecuentes aspiraciones, en suspiros amorosos y en palabras de fuego, las que abrasaban en fervor á las que estaban cerca de ella. De la lección de la sagrada Escritura y de libros santos grababa en su memoria las palabras que más la movían al amor divino, y se servía de ellas para excitarse á sí misma y para animar á las demás, á la práctica frecuente de actos de amor de Dios. Entre muchas de las oraciones y jaculatorias que se desprendían de su corazón, á manera de flechas ardientes que herían el corazón de Dios, apuntaremos algunas, que sus hijas conservaron como dulce recuerdo de su Santa Madre, y las repetían mucho tiempo después de su bienaventurada muerte. «Vanidad de vanidades y todo es vanidad, menos amar á Dios y servirle.—Que se haga,

Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como se hace en el cielo.—Dios amó tanto al mundo que le dió á su único Hijo.—¡Qué deseo yo, Dios mío, en el cielo y en la tierra, sino á Vos, amor de mi corazón!—¡Dios mío y todas las cosas!» Estas últimas palabras, que las tomó de San Agustín y de San Francisco, le eran muy familiares, y las pronunciaba con tanto gusto y suavidad, que se le pasaba la noche entera en tan melifluo ejercicio.

El amor á la adorable persona de Jesucristo, á semejanza del amor á Dios, se reviste de diversas formas y se distingue en los Santos según la diferencia de sus caracteres. El amor de compasión á la vista de Jesús, inmolado en una cruz por la salvación de los hombres, era el que animaba hasta los menores actos de devoción de la Beata Madre. Iluminado su espíritu de un conocimiento muy particular del precio infinito de la redención de las almas, tenía constantemente fijo en su memoria lo mucho que Jesucristo había padecido por nuestro amor. Su corazón, lleno de ternura y de reconocimiento, se condolía de los dolores y sufrimientos de Jesús, y deshacíase en deseos de padecer mucho por El.

Frecuentemente recorría las dolorosas

estaciones del divino Salvador con el ejercicio de la Vía Sacra, y no contenta de estar, como la Magdalena, contiguo á la adorable cruz, hubiese querido, con San Pablo, poder decir: «Yo estoy crucificada con mi divino Redentor.» Un día que la santa Madre se sentía muy inflamada de este deseo, se la oyó en la celda dar gritos, repitiendo muchas veces estas palabras: «¡Muero! ¡muero! ¡que no tenga mil cuerpos y mil vidas para ofrecerlos en sacrificio á mi Dios!»

Todas sus palabras y las cartas que escribía, estaban como impregnadas del sentimiento compasivo que dominaba el corazón de la Beata Madre. Las Religiosas, sus hijas, no se saciaban nunca de escucharla cuando á menudo les recordaba, con palabras de fuego, la infinita caridad de Dios para con los hombres. La sola palabra caridad de Dios, la llenaba á veces de tal ardor, que desfallecía, como otro San Francisco de Asís. Recomendaba la lectura del capítulo décimotercero de las Epístolas de San Pablo, en el que este Apóstol, escribiendo á los de Corinto, enumera las cualidades de la perfecta caridad. «Amemos, hijas mías, decía ella, amemos á Jesús, cubierto de llagas por nuestro amor; lavemos nues-

tras almas en la sangre que mana de este divino Cordero; permanezcamos de continuo al pie de la cruz con María, Madre de Dios, y San Juan, el discípulo amado; con ellos amemos á Nuestro Señor crucificado, cuyo amor, infinito por naturaleza y eterno en duración, le ha hecho pródigo en liberalidades por nuestro amor.»

El divino fuego en que ella se abrasaba encontraba su alimento y conservación en la adorable Eucaristía. Esta devoción la demostró la Sierva del Señor desde la infancia, cuando procuraba defender la verdad de este dogma católico de la incredulidad de los calvinistas, los que negaban la presencia real de Jesucristo en el adorable Sacramento del altar. Al principio de la fundación de la Orden gozábase mucho en tener, dentro de su misma casa, á Jesús Sacramentado, y la pequeña capilla del Espíritu Santo era su cielo en la tierra. Allí acudía siempre que sus muchas ocupaciones se lo permitían, y postrada reverente y recogida al pie del sagrado Altar, se excitaba á emular á los Angeles, que cubren sus rostros por respeto al gran Señor, al que rendidamente cortejan; adoraba profundamente con ellos al Dios anonadado, y deseaba reparar con su amor y obsequios las

injurias que los herejes infieren á la santísima Eucaristía. Hizo construir una celdita cerca de la capilla, á donde iba á menudo, y gustaba de pasar muchos ratos más cerca de su Amado: allí se ofrecía entera á su amor y gloria, le pedía gracias, resolvía dudas, consultaba medios para extender su Orden, y renovaba muchas veces los votos de Religión. Cuando se trataba de erigir un nuevo monasterio, el primer cuidado de la santa Fundadora era buscar y disponer lugar decente, para poner el Sacramento, y excitaba con grande fervor á sus hijas á la devoción y amor á Jesús Sacramentado. Además, ¡qué disposiciones tan admirables llevaba siempre que recibía la sagrada Comunión! Como el ciervo sediento, acosado por los cazadores, busca refrigerio en los manantiales de cristalinas aguas, así la beata Madre, deseosa de alimentarse del Pan de Vida, frecuentaba á menudo la mesa Eucarística. Las personas que la observaban cuando se acercaba al comulgatorio, quedaban edificadas y muy admiradas de la gravedad de su porte, de la modestia de sus pasos y de lo radiante de su rostro; pero ¿quién pudo penetrar la dulzura que inundaba su alma cuando ya poseía á Jesús, el cual cifra sus delicias en estar con los hijos

de los hombres? Y ¿quién nos dirá los éxtasis y los amorosos coloquios que, de corazón á corazón, se dirigían entre el Esposo fiel y su amada esposa? En retirándose del altar se recogía en la celdilla que estaba contigua al mismo; allí se deshacía en acciones de gracias por el incomparable bien que acababa de recibir.

XXXI

Después del amor á Dios Nuestro Señor, profesaba grande amor y devoción á la Virgen María, á los Angeles y á los Santos. En la época que vivía la Beata Juana de Lestonnac los herejes se esforzaban, con satánico empeño, en arrebatar los títulos y prerrogativas de la Santísima Virgen María, con ánimo de abolir el culto de hiperdulia que los católicos rinden á la Madre de Dios. Para reprimir la audacia de tamaños impíos Dios levantó, á mediados del siglo décimosexto, nuestra Heroína, que desde muy niña profesó tiernísima devoción á la Santísima Virgen, como señal de la misión que el cielo le había confiado. A esta Virgen escogió por su Madre y protectora, y le demostró siempre el respeto y la ternura de verdadera hija suya. La invocaba con frecuencia; en circunstancias críticas le pedía luz y fortaleza; y la confianza que puso en la divina Señora no le salió jamás fallida. No contenta de haberle consagrado y puesto bajo su nombre poderoso la nueva Orden que fundó, ni de haber colocado bajo su maternal protección á las niñas de las clases, nunca descuidó medio ni trabajo alguno para hacer conocer y amar á la Virgen Santísima, y extender por el mundo su verdadera devoción.

Los herejes condenaban como una idolatría el culto de los Angeles y de los Santos; por esto la Sierva del Señor se esmeró mucho en rendirles los obsequios que les son debidos. Cuando entraba en el coro saludaba á los Angeles de las Religiosas presentes, y les rogaba que le permitiesen juntar su voz con las suyas, en celeste concierto, para alabar así mejor y más dignamente al Señor. Al fundar un monasterio era la primera que saludaba al Angel Custodio del lugar, y le pedía su protección para asegurar el buen éxito de la empresa, y experimentó muy felices resultados de tan tierna devoción. La misma santa Fundadora, en confianza á la M. Margarita de Poyferré, le comunicó que frecuente-